LOS ORÍGENES DE LA DISCIPLINA PRIÍSTA: AARÓN SÁENZ EN 1929

*Pedro Salmerón**

1. ¿Quién era Aarón Sáenz?

Aarón Sáenz Garza, nacido en 1891, fue el tercer hijo varón de un ranchero presbiteriano de El Mezquital, Nuevo León (prácticamente a la vista de Monterrey). Sus primeros años transcurrieron en Monterrey y Saltillo, entre la vida ranchera y las escuelas laicas y nacionalistas del noreste, que matizaban el rígido calvinismo de su ámbito familiar. El padre de Aarón, don Juan Sáenz Garza, se involucró en el movimiento reyista siguiendo a Venustiano Carranza, de quien era amigo, y el propio Aarón inició sus actividades políticas en el Ateneo Fuente de Saltillo. Siguiendo a Carranza, los Sáenz (el padre y los tres hermanos mayores, Moisés, Josué y Aarón) transitaron del reyismo al antirreeleccionismo, aunque ninguno tomó las armas en 1910.

En 1911, Aarón continuó sus estudios en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y en 1913, inmediatamente después de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, salió de México en busca de Carranza, ya convertido en el jefe de la Revolución Constitucionalista, quien lo envió a incorporarse a las fuerzas revolucionarias de Sonora, que pronto habrían de constituir el pie veterano del Cuerpo de Ejército del Noroeste.

Con los sonorenses Sáenz hizo carrera: incorporado como subteniente del Estado Mayor de Álvaro Obregón, tomó parte en la victoriosa

* Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Historia política y social.

campana que llevó a las tropas del Noroeste de las planicies sonorenses (la primera acción de armas que consta en la hoja de servicios de Sáenz es la de Santa María, “la primera batalla en verdad genial de Obregón”, como la ha descrito Héctor Aguilar Camín) a la ciudad de México (y luego al puerto de Veracruz). Durante ese accidentado viaje de 15 meses, Aarón Sáenz no sólo se convirtió en un muy eficaz oficial de Estado Mayor y un soldado que enfrentaba con serenidad el peligro (nunca fue un guerrero brillante o afamado, pero tampoco falló cuando su deber lo llevaba a la línea de fuego), sino en aquello que lo caracterizó durante más de una década y que marcó su vida pública: un administrador más que notable y un hombre de lealtad inquebrantable hacia su jefe, quien lo distinguía con toda su confianza.

Luego, no sin participar brevemente en la Convención de Aguascalientes y de desempeñar diversas comisiones en Jalisco y Sinaloa, realizó el viaje de regreso, pasando por Celaya, Trinidad y Santa Ana del Conde, donde vio a su querido jefe (su ‘segundo padre’) caer a su lado con el brazo destrozado por un casco de metralla; fue también jefe de Estado Mayor del Ejército de Operaciones en la última de las batallas del Bajío, la de Aguascalientes; y jefe de Estado Mayor de la Segunda División del Noroeste, del general Manuel M. Diéguez, en la campaña de Sonora, el tiro de gracia al villismo. Al terminar 1915, a sus 24 años, Aarón Sáenz era coronel de Estado Mayor con una brillante hoja de servicios en que constaban 17 batallas y numerosos combates menores, y era uno de los oficiales de confianza del caudillo más notable de la Revolución y amigo o conocido de los hombres que se encargarían de construir el nuevo Estado.

Los años de 1916 a 1920 fueron de impaciente espera para el Grupo Sonora-Sinaloa, al que pertenecía el regiomontano Sáenz. En esos años fue jefe de Estado Mayor de la Secretaría de Guerra; estuvo en Querétaro presenciando las sesiones del Constituyente; fue diputado federal (1917-8); alcanzó el empleo de general brigadier; obtuvo el título de abogado; y finalmente, como tantos obregonistas, fue despachado por el señor Carranza a un destierro diplomático: en su caso, la embajada

de México en Brasil, de modo que la rebelión de Agua Prieta y el triunfo de los suyos lo encontró en Río de Janeiro.

De 1920 a 1923 fue subsecretario de Relaciones Exteriores y de 1923 a 1927 titular del ramo. Como tal, estuvo a la cabeza de nuestra cancillería durante las complicadísimas y cada vez más tirantes relaciones con los Estados Unidos durante los dos primeros años del gobierno de Calles, conduciendo nuestra política exterior con dignidad y solvencia. En 1927 dejó la Cancillería en manos de su amigo y hasta entonces subordinado Genaro Estrada, para presentar su candidatura al gobierno de Nuevo León; y apenas había ganado las elecciones, cuando el general Obregón lo designó presidente del Centro Director Obregonista y jefe de su campaña electoral (re-electoral) a la presidencia.¹

2. La crisis de 1928

Es decir (y hasta aquí la semblanza), que el 17 de julio de 1928, el general y licenciado Aarón Sáenz Garza despertó como el lugarteniente político del “caudillo, del presidente electo, del mero-mero”,² y como tal pasó la mañana. Al medio día se reunió con su jefe, mentor y amigo, acompañándolo al restaurante ‘La Bombilla’, de San Ángel, donde les esperaba un banquete. Apenas estaban los comensales en los aperitivos, cuando un joven que entró mezclado entre los periodistas de la fuente, cuyo nombre se hizo famoso a partir de ese momento (como sus pares: ¿quiénes eran Juan Francisco Ravillac, John Wilkes Booth o Mario Aburto antes de empuñar el arma homicida?): José de León Toral, se acercó al caudillo sonorensé y le metió en los pulmones, a bocajarro, seis balas calibre 32. Un relato de la época dice:

Unos cuantos segundos después del último disparo, el cuerpo del gran caudillo se inclinó hacia la izquierda sin exhalar la más pequeña queja,

¹ Véase Pedro Salmerón Sanginés, *Aarón Sáenz Garza: Militar, diplomático, político, empresario*, 2001, México, Miguel Ángel Porrúa.

² Tal como lo presenta Jorge Ibarguengoitia en su magnífica versión satírica de esa coyuntura: *Los relámpagos de agosto*, 1975, México, Joaquín Mortiz.

desplomándose para caer pesadamente junto a los pies de su estimado amigo Aarón Sáenz, quien se encontraba en el asiento inmediato.³

El magnicidio “puede considerarse, sin hipérbole, como el acontecimiento más decisivo del desarrollo político de nuestro país en la era posrevolucionaria”,⁴ pues abrió la posibilidad de que el país transitara de la dominación carismática (caudillista) a la institucional,⁵ o como dijo el presidente Plutarco Elías Calles en su 4º Informe, rendiendo dos meses y dos días después, de pasar de ‘un país de caudillos’ a ‘un país de instituciones’.

Por lo pronto, el presidente Calles fue acusado por numerosos obregonistas de ser el autor intelectual del magnicidio; pero la noche misma del crimen le ofrecieron su respaldo un grupo de obregonistas moderados, encabezados por Aarón Sáenz, Emilio Portes Gil y Luis L. León. Calles puso la investigación del crimen en manos de ese grupo, que no tardaron en exculparlo. La actuación del grupo de Sáenz y Portes Gil en apoyo del presidente fue lo que permitió a Calles superar el momento más peligroso de la crisis desatada por el magnicidio e iniciar el tránsito del caudillismo a la institucionalización. De modo que mientras los obregonistas exaltados (sobre todo los gobernadores y jefes militares del norte y el noroeste, que en marzo de 1929 habrían de encabezar la rebelión escobarista, magistralmente retratada por Jorge Ibargüengoitia en *Los relámpagos de agosto*), otros obregonistas dieron un respaldo absoluto al general Calles y sus partidarios, formando con ellos un nuevo grupo de poder. Aarón Sáenz, jefe de la campaña de Obregón y presidente del Centro Director Obregonista, era la cabeza formal de este grupo.

Callistas y obregonistas llegaron a un acuerdo que permitiría a Calles concluir su mandato y encabezar la formación de un partido político del

³ Juan Gualberto Amaya, *Los gobiernos de Obregón, Calles y regímenes peleles derivados del callismo*, 1947, México, edición del autor, p. 201.

⁴ Arnaldo Córdova, *La revolución en crisis: La aventura del maximato*, 1995, México, Cal y Arena, p. 23-4.

⁵ Según la tipología de Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva*, 1964, México, FCE, p. 7 s.

que sería el jefe real, a la vez que daba a los obregonistas la presidencia interina (que recayó en Emilio Portes Gil) y prometía al jefe del grupo, Aarón Sáenz, la candidatura presidencial del gran partido en ciernes.

Tal partido, que se llamaría Nacional Revolucionario, tendría la función de unificar políticamente a los grupos revolucionarios y darles una plataforma programática, y estaba concebido como el instrumento para asegurar el tránsito a la política institucional, período para el que Calles se autoasignaba el papel de árbitro o conductor. Se buscaba que en el seno del partido se dirimieran los conflictos políticos que hasta entonces se habían arreglado a balazos. Y el 1° de diciembre de 1928, día que Calles entregó el poder, se anunció al Comité Organizador del PNR, del que Calles era presidente y Sáenz secretario general. Una semana después, ambos renunciaron a sus cargos, Calles para vigilar las tareas desde fuera y Sáenz para preparar su precampaña a la presidencia, pues en la Convención fundadora del PNR, además de constituir el partido y aprobar sus documentos básicos, debía elegirse un candidato para las elecciones de 1929.

3. La campaña

Lo que Aarón Sáenz hizo en diciembre de 1928 para darle a su campaña una base sólida, fue volver a tomar en sus manos los hilos que había tejido pacientemente como presidente del Centro Director Obregonista. El caudillo sonorense, que durante el primer año y medio del gobierno de Calles le había dejado a éste manos libres, desde mediados de 1926 empezó a preparar su regreso al poder, inmiscuyéndose cada vez más en la toma de decisiones mediante presiones sobre el presidente a través de tres secretarios de Estado obregonistas: Sáenz, de Relaciones; Alberto J. Pani, de Hacienda; y Luis L. León, de Agricultura y Fomento, y consiguió que sus partidarios aprobaran una reforma constitucional que le permitiera volver a la primera magistratura.

El regreso de Obregón suscitó de inmediato fuertes reacciones —poniendo en su contra a los cristeros, que erróneamente pensaban

que era el verdadero causante de la persecución religiosa desatada por Calles—; de la Confederación Regional de Obreros de México (CROM), la poderosa organización obrera aliada de Calles cuyo líder, Luis N. Morones, pensaba suceder a Calles; de otros políticos con ambiciones presidenciales y cierta fuerza real, como los generales Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez; y de numerosos veteranos de la Revolución y otros ciudadanos, que reeditaron el Partido Antirreleccionista, que encabezó Vito Alessio Robles.

La fuerza de estas reacciones obligó a Obregón a dar vida a un organismo político que unificara a sus partidarios, hiciera una auténtica campaña electoral y presentara un frente sólido a sus numerosos enemigos. El 18 de junio de 1927 nació el Comité Provisional Obregonista, puesto bajo la batuta del gobernador electo de Nuevo León, Aarón Sáenz, cuya lealtad y capacidad administrativa Obregón conocía sobradamente. Obregón quería conducir su campaña sin romper con Calles y sus partidarios, a los que pensaba incluir en su gobierno, y Aarón Sáenz era el personaje ideal, por sus dotes conciliadoras y su amistad personal con Calles, para conseguirlo, neutralizando la influencia de los llamados obregonistas ‘duros’, que querían eliminar al grupo callista y sobre todo a la CROM de la dirección de los destinos nacionales; lo que no era fácil, porque detrás de Calles estaba el poderoso secretario de Guerra, Joaquín Amaro, y los llamados ‘caciques radicales’, como Adalberto Tejeda, secretario de Gobernación que gobernaba Veracruz a través de Heriberto Jara; Tomás Garrido Canabal, gobernador de Tabasco; Bartolomé García Correa, gobernador de Yucatán y heredero político de Felipe Carrillo Puerto; Saturnino Cedillo, cacique de San Luis Potosí, y otros militares y políticos de peso, como Lázaro Cárdenas y Melchor Ortega.

La disyuntiva en torno a aliarse o no con los callistas dividió a los obregonistas entre los ‘duros’, agrupados en torno al líder de la Cámara de Diputados, Ricardo Topete, y su hermano Fausto, gobernador de Sonora; a los jefes del Partido Nacional Agrarista, Aurelio Manrique y Antonio Díaz Soto y Gama; y a algunos caciques militares del norte del país, como Francisco R. Manzo, José Gonzalo Escobar y Marcelo

Caraveo; y los ‘moderados’ que tenían por jefes a Aarón Sáenz, Luis León y el gobernador de Tamaulipas, Emilio Portes Gil.

Esta situación reflejaba, naturalmente, una enorme dispersión del poder político entre caudillos, caciques y grupos políticos de diversas tendencias y muy distintos niveles de organización, y el general Obregón, secundado por Sáenz, tenía la firme intención de poner fin a esas fuerzas centrífugas, como lo había hecho durante su gobierno anterior, lo mismo que Calles hasta fines de la primavera de 1926, cuando la guerra cristera lo obligó a devolver importantes porciones de poder a los jefes militares, en detrimento de su propia fuerza y la del Estado.

Mientras Álvaro Obregón efectuaba una gira electoral a semejanza de la que había hecho en 1919-20, Aarón Sáenz, en la ciudad de México, recibía las adhesiones a la candidatura del caudillo que llegaban desde todos los rincones del país, elaborando con ellas un directorio que le permitió durante los dos años siguientes mantenerse en contacto permanente con los jefes de más de 800 organizaciones políticas que iban desde poderosísimos partidos regionales, como el Socialista del Sureste, el Socialista de la Frontera o el Socialista Radical Tabasqueño, hasta grupúsculos insignificantes.

El papel de Aarón Sáenz era bastante complicado. Para mantener unidos a todos los grupos había que cuidar los precarios equilibrios, darle a cada cual lo suyo, repartir cuidadosamente las cuotas de poder y mantener contentos a todos. Había que mantener firmes las alianzas con los poderosos caciques regionales surgidos de la Revolución tratando, al mismo tiempo, de que no crecieran demasiado ni extendieran su poder más allá de las regiones que controlaban. Desde su cuartel general en la ciudad de México, mandaba carta tras carta a todos los grupos, y a veces partía como avanzada para amarrar las alianzas entre grupos rivales, preparando la llegada de Obregón. En estos trabajos, Emilio Portes Gil secundaba a Sáenz, mientras Ricardo Topete controlaba la levantisca Cámara de Diputados y mantenía el contacto con los obregonistas duros.

A principios de octubre de 1927, con el Comité andando, Sáenz entregó la dirección a Emilio Portes Gil y se fue a Monterrey a tomar

posesión del gobierno de Nuevo León, lo que hizo dos días después del asesinato de su gran amigo, el general Francisco R. Serrano, quien había tratado de dar un cuartelazo contra el gobierno para evitar la reelección, pero Obregón y Calles le madrugaron el madrugute. El 26 de marzo de 1928, Sáenz pidió al Congreso Local un permiso, y regresó a la capital de la República a reasumir la dirección del Centro Director Obregonista, porque durante su ausencia, la inquina que Portes Gil y Topete tenían contra Morones y la CROM, había lanzado a la poderosa organización contra el obregonismo, y hacían falta el carácter conciliador y la habilidad negociadora de Aarón Sáenz para procurar restañar el daño. El político regiomontano, que como canciller del gobierno Calles había colaborado estrechamente con Morones, entonces secretario de Industria, Comercio y Trabajo, durante los peligrosos meses de 1926 cuando a causa del petróleo México estuvo a punto de entrar en guerra con los Estados Unidos, se puso inmediatamente en contacto con el líder obrero, pero era demasiado tarde: el 30 de abril Morones rompió abiertamente con el obregonismo.

La labor de Sáenz, entonces, fue fortalecer las alianzas obregonistas y restarle fuerza a la CROM, negociando con líderes sindicales y favoreciendo la salida de organizaciones enteras de la central. Fue en esas circunstancias cuando inició una larga y contradictoria relación con personajes como Vicente Lombardo Toledano y Fidel Velásquez Sánchez, quienes poco después encabezarían la desbandada masiva de la CROM.

Los últimos actos significativos de la campaña electoral fueron los mensajes enviados por el caudillo a los cristeros para que confiaran en una paz digna tan pronto como empezara su gobierno. En vísperas de las elecciones, y ante el caldeado ambiente generado por la CROM y los antirreeleccionistas, el caudillo se recluyó en su hacienda de Naínari, de la que salió ya como presidente electo, sólo para ser asesinado por León Toral, según contamos antes.

Como parte de las acciones conciliatorias posteriores al asesinato de Obregón, Aarón Sáenz, de acuerdo con Portes Gil y ante la oposición de Topete, decidió disolver formalmente el Centro Director Obregonista. Desde el día siguiente del magnicidio, Aarón Sáenz había

recibido mensajes de prácticamente todas las organizaciones adscritas al Centro, donde ratificaban su pertenencia al mismo y daban un voto de confianza a las acciones conciliadores de Sáenz y a la dirección que llevaban las investigaciones en torno al magnicidio.

El 4 de agosto, antes de anunciar públicamente la disolución del Centro, Aarón Sáenz consultó con algunos de los políticos de mayor peso, tales como Saturnino Cedillo, cacique de San Luis Potosí; Manuel Pérez Treviño, gobernador de Coahuila al que Sáenz había ganado para su causa, debilitando al grupo de obregonistas rabiosos que pedían lavar el magnicidio con la sangre de Calles y Morones; Tomás Garrido Canabal, cacique de Tabasco; Margarito Ramírez, cacique jalisciense; Agustín Arroyo Ch., jefe de los revolucionarios guanajuatenses; Abelardo L. Rodríguez, gobernador del distrito norte de Baja California; Lázaro Cárdenas, mandatario michoacano; y generales con mando de tropas como Juan Andreu Almazán, Juan José Ríos y Antonio Ríos Zertuche. En las cartas que les envió, Sáenz hacía un llamado a la unidad y a la confianza en las acciones del general Calles y les pedía que apoyaran la decisión de disolver el Centro, con lo que se dio el último paso para conjurar los riesgos inmediatos de la crisis desatada por el magnicidio, y pasar a la siguiente etapa, que era el diseño de un partido político nacional que unificara a los revolucionarios, asumiendo el papel que en la política nacional había correspondido hasta ese momento a los caudillos, y que Calles anunció en su célebre informe de gobierno del 1º de septiembre de ese año.

Para darle una base real a ese partido Calles tenía que consolidar al nuevo grupo gobernante, nacido de la coyuntural alianza de los obregonistas moderados y sus propios partidarios. En negociaciones con los jefes obregonistas, Calles pidió para sí, una vez terminado su mandato, el papel de organizador y líder del nuevo partido, labor que sería plenamente respaldada por quien fuera presidente provisional, cargo para el cual se pensó desde los primeros días en Portes Gil, porque una parte importante del acuerdo era impulsar la candidatura de Aarón Sáenz para las elecciones a que el presidente provisional debía convocar.

Pero la elección del presidente provisional dependía del Congreso de la Unión, y los obregonistas duros que dominaban la Cámara de Diputados mediante la compra de votos, amenazas y negociaciones le permitieron obtener una precaria mayoría con la que sacó el nombramiento de Portes Gil para el período del 1° de diciembre de 1928 al 5 de febrero de 1930.

Las últimas semanas de su mandato Calles reunió al grupo que debía diseñar el nuevo partido y concertar los acuerdos que le darían vida, y el 1° de diciembre, luego del cambio de poderes, se hizo pública la existencia del Comité Organizador del Partido Nacional Revolucionario, con Calles como presidente y Sáenz como secretario general (nuestro personaje había pedido, por segunda vez, el necesario permiso al Congreso de Nuevo León). Una semana después ambos renunciaron: Calles quería libertad de movimiento, para lo que prefería resignar las responsabilidades organizativas en algún hombre de paja, y Sáenz lo hizo para dedicarse de lleno a preparar su campaña presidencial.

A la cabeza del Comité Organizador quedaron el general Manuel Pérez Treviño, hombre fuerte de Coahuila que empezaba a convertirse en el lugarteniente político de Calles; y el Ing. Luis L. León, exgobernador de Chihuahua, secretario de Agricultura en el gobierno de Calles, y el ‘número tres’ de los obregonistas moderados. Fueron ellos quienes el 5 de enero de 1929 publicaron la Convocatoria a la Convención Constitutiva del PNR, que debía realizarse en Querétaro del 1° al 5 de marzo, y en la que, además de fundarse el nuevo partido, debería elegirse al candidato presidencial.

Entonces, los miembros del Comité Organizador, lo mismo que el expresidente Calles, el presidente Portes Gil y Aarón Sáenz, se dieron a la difícil tarea de convencer a todos los caciques, caudillos y grupos políticos, de entrar a la nueva organización y aceptar el compromiso que significaba el pacto de unidad que en la Convención se firmaría. En esa tarea fue esencial la labor de Aarón Sáenz, quien desde la jefatura del Centro Director Obregonista había conocido, como nadie, la fragmentada situación política del país, a la que se quería poner remedio con la creación del PNR.

A mediados de noviembre se había fundado un Comité Pro-Aarón Sáenz, que ocupó las mismas oficinas que el Centro Director Obregonista, desde las cuales Sáenz empezó a dirigirse a todas las organizaciones que habían dado vida al Centro, tanto para instarlas a participar en la construcción del PNR, como para proponerles su candidatura a la presidencia. Y la cantidad de adhesiones que recibió en los meses de diciembre y enero confirmaron que todavía era él quien tenía en sus manos la trama de la política nacional.⁶

Antes de que terminara el año, la elección de Sáenz como candidato a la presidencia y su triunfo en las elecciones parecían inevitables. Pero fue eso precisamente lo que daría al traste con sus aspiraciones. El problema fue que para no perder a sus colaboradores y, al mismo tiempo, para cumplir el acuerdo tomado con los obregonistas moderados en julio de 1928, de hacer lo posible para que en las próximas elecciones triunfara Aarón Sáenz, el presidente Calles impidió que renunciaran a sus cargos los secretarios de Estado, los gobernadores y los jefes de operaciones militares, con lo que quedaron inhabilitados constitucionalmente para contender por la presidencia (la Constitución exigía que se separaran del cargo un año antes de las elecciones, que esta vez serían el 17 de noviembre de 1929, y el período de Calles concluía el 30 de noviembre de 1928). Así se cerró el camino de todas las figuras públicas de primera fila, con la única excepción de Aarón Sáenz, quien pidió su licencia el 6 de noviembre de 1928.

Las intenciones de Calles al tomar semejante decisión eran impedir las sangrientas divisiones que se daban entre la familia revolucionaria cada vez que había elecciones presidenciales, y allanar el camino de Sáenz; pero pronto se vio que no había sido muy buena idea que hubiera un candidato único, que se desgastó demasiado rápido y concitó excesivas envidias y rivalidades. También fue importante que Aarón Sáenz,

⁶ Véase la aparente fuerza aplastante de la candidatura de Sáenz y sus trabajos para invitar a las organizaciones a concurrir a la Convención, en Archivo Político Aarón Sáenz (APAS, a consulta en la Asociación General y Licenciado Aarón Sáenz Garza, México, D.F.), tomos 92, 93 y 94, *passim*.

sintiéndose seguro, no trabajó por su candidatura como lo había hecho por la de Obregón. Podría pensarse que ni siquiera hizo campaña.

4. La contracampaña

Para tratar de entender las razones del fracaso de la candidatura de Aarón Sáenz y el sorpresivo triunfo del general e ingeniero Pascual Ortiz Rubio, y a reserva de hacer después las precisiones del caso, compulsaremos los tres relatos más ricos de esa coyuntura, debidos a las plumas de actores políticos del momento: el presidente Emilio Portes Gil; el diputado Gonzalo N. Santos, que había llegado a coronel durante la Revolución y se caracterizaba por su gran habilidad en la política legislativa y por una total falta de escrúpulos; y el doctor José Manuel Puig Casauranc, que había sido secretario de Educación Pública durante el gobierno de Calles, pero cuya labor se parecía mucho más a la de lo que hoy llamaríamos un jefe de asesores que a la de director de la política educativa del régimen.

Según Puig Casauranc, el 1º de enero de 1929 tuvo una larga entrevista con el presidente Portes Gil en la que ambos resumieron su posición frente a la elección del candidato presidencial en la Convención de Querétaro, y tomaron partido sobre su acción en los dos meses siguientes. Puig Casauranc, que trabajaba codo a codo con el expresidente Calles en la preparación de los documentos y la organización del nuevo partido, le dijo a Portes Gil que Calles no le había dicho nada sobre la sucesión presidencial. De todos modos, según Puig no había nada de qué hablar, porque

cometido el error político de incapacitar a todos los hombres residentes en el país que pudieron haber sido candidatos, no tenía yo el menor interés en discutir con Calles ni con nadie el asunto. Ya no había más elección posible que la de Aarón Sáenz o improvisar cualquier diplomático, lo que desde el punto de vista de la obra ‘radical’ de la Revolución, sería lo mismo que elegir a Sáenz, [peor aún, porque] el mejor

que se escogiera tendría, respecto de Aarón Sáenz, la inferioridad de su desconexión con los asuntos y con los hombres de México.⁷

Según Puig, Portes Gil le respondió que él también estaba inconforme “con el candidato de Calles, por su no identificación revolucionaria radical”, que causaría enorme disgusto entre los jefes y los grupos políticos de esa tendencia. Asimismo, expuso que en su carácter de presidente había recibido numerosos informes del descontento que la candidatura de Sáenz estaba generando en ciertos sectores. Ya había, dijo Portes Gil, jefes militares dispuestos a combatir con las armas en la mano un posible ascenso a la silla presidencial del regiomontano. Y por todo eso Portes concluía: “voy a oponerme con todas mis fuerzas a la candidatura de Sáenz”.

Viendo que estaban de acuerdo, se dieron a la tarea de analizar la personalidad de los miembros más destacados del servicio exterior mexicano, para sacar de entre ellos un candidato alterno viable. Portes Gil sugirió al embajador de México en Brasil, Pascual Ortiz Rubio, que había sido su compañero en la Cámara de Diputados en 1913, y en la cárcel a que Victoriano Huerta los envió, y después había brillado como gobernador de Michoacán. Según Puig, Portes Gil dijo que en aquellos tiempos había podido apreciar en Ortiz Rubio su lealtad, firmeza de carácter, energía y cultura. Luego, cuando se arrepintió de haber propuesto a Ortiz Rubio, Portes Gil dijo que nunca se le ocurrió que el débil y pusilánime embajador en Brasil de 1929 fuera tan distinto del enérgico revolucionario michoacano de 1913-20.

Finalmente, Puig Casauranc dice que no supo cómo se las ingenió Portes Gil para presentarle a Calles la candidatura de Ortiz Rubio y para hacerla crecer, pero que le consta que desde unas tres semanas antes de la Convención, Calles decidió apoyar, aunque no públicamente, al candidato del presidente. Para Puig, la decisión de Calles de dejar

⁷ José Manuel Puig Casauranc, *Galatea rebelde a varios Pigmiones: De Obregón a Cárdenas*, 2004, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, p. 310.

sólo un candidato (Sáenz) y la siguiente, que fue peor, de crear otro de la nada (Ortiz Rubio) y cambiar de opinión en vísperas de la Convención, fue uno de los mayores errores del jefe máximo, en tanto que Portes Gil salió fortalecido. Y “para Aarón Sáenz [fue] una crisis total”.⁸

La versión de Portes Gil tiene algunas diferencias importantes con la de Puig. Según aquél, desde octubre de 1928, el presidente Calles y él mismo habían llegado al acuerdo de favorecer la candidatura de Aarón Sáenz, porque éste les parecía el único capaz de mantener la cohesión de los elementos obregonistas, que seguían siendo los más fuertes del país, y porque Sáenz, de “alguna forma encarna la continuación del régimen y el programa de la Revolución”. Aunque seguramente contaría con la oposición de algunos diputados y senadores que no lo consideraban todo lo radical que sería de desearse. Consultados Manuel Pérez Treviño y Saturnino Cedillo por Portes Gil, estuvieron de acuerdo con la candidatura de Sáenz. Cedillo mismo dijo que él ya había empezado en San Luis Potosí los trabajos en pro de Sáenz, a pesar de no considerarlo el mejor hombre posible “dada su ideología un tanto conservadora”, pero era obvio que estaba más que dispuesto a cambiar de candidato.⁹

114 Dice Portes Gil que para entonces ya había una muy fuerte corriente de opinión en todo el país a favor de Aarón Sáenz, que el regiomontano empezaría a canalizar desde las oficinas del Comité Pro-Aarón Sáenz, pero que también era clara la oposición que a su candidatura empezaron a manifestar “algunos connotados revolucionarios, representantes de organizaciones sociales y políticas”, como Adalberto Tejeda, Saturnino Cedillo, Manuel Pérez Treviño, Luis L. León, Melchor Ortega, Bartolomé García Correa y Gonzalo N. Santos; los tres primeros, porque el ascenso de Sáenz ponía fin a sus propias aspiraciones presidenciales, y los otros porque decían que “no consideraban que el licenciado Sáenz garantizara los principios avanzados de la Revolución”.¹⁰

⁸ Puig Casauranc, *Galatea rebelde...*, op. cit., p. 310-14.

⁹ Emilio Portes Gil, *Quince años de política mexicana*, 1941, México, Botas, p. 138-9.

¹⁰ *Ibid*, p. 140.

Con todo, para diciembre de 1928 la candidatura de Sáenz contaba con el respaldo de muchos de los grupos revolucionarios, de la mayoría de las organizaciones políticas y sociales, y de buen número de gobernadores y legisladores con fuerza propia en sus regiones. “¿Por qué, entonces [se pregunta Portes Gil], repentinamente, se desvió la opinión de las mayorías revolucionarias hacia otro candidato?” Por las razones siguientes:

“El señor licenciado Sáenz —que posee, sin duda, virtudes como ciudadano y como revolucionario— no tuvo en aquellos días la habilidad política y el don de gentes que necesitaba como candidato presidencial.” La rapidez con que se propagó su candidatura y las fuerzas que la respaldaron lo llevaron a pensar que la cosa estaba hecha y no se ocupó ya de disipar dudas, suavizar rivalidades, ni de convencer y negociar con aquellos que empezaban a oponerse a su elección, que no eran piezas menores y que fueron ganando fuerza, sobre todo entre los elementos radicales que lo veían como demasiado conservador.

Según Portes Gil, Aarón Sáenz se durmió en sus laureles, cosa peligrosísima en una sociedad tan explosiva y politizada. Creyó que tenía los hilos de la situación en sus manos y se olvidó de asegurarlos, como había hecho el general Obregón durante su campaña, recorriendo todo el país y llegando a acuerdos con todos los grupos de importancia. Por el contrario, Sáenz permaneció inactivo, y su único acto de importancia, por las consecuencias que tuvo, fue un discurso ante los empresarios en el restaurante Chapultepec, que no hizo sino avivar el descontento de los radicales.

Así —continúa Portes Gil— cuando llegó a México Pascual Ortiz Rubio, a fines de diciembre, todos esos elementos que estaban buscando una candidatura alterna se fijaron en el michoacano, sufriendo “sin duda, el mismo error de miopía política que sufrí yo cuando pensé en él para llevarlo a la Secretaría de Gobernación. Creyendo que el Ortiz Rubio de 1929 era el mismo de 1920, tanto ellos como yo nos equivocamos de medio a medio”.

Finalmente, según Portes Gil, es inexacto que Calles haya apoyado la candidatura de Ortiz Rubio, él “deseaba sinceramente el triunfo del

candidato Sáenz”, pero ante la desbandada y la polarización, optó por mantenerse al margen de la lucha, dejando que ésta se desarrollara por sí sola.¹¹

A través de la versión de Gonzalo N. Santos podemos seguir la forma en que los grupos y los caciques que habían estado buscando una alternativa a la candidatura de nuestro biografiado se salieron con la suya. Según el atrabiliario huasteco, Sáenz sí era el candidato de Calles, pues estaban emparentados (mediante el reciente matrimonio entre Plutarco Elías Calles junior y Elisa Sáenz, hermana de Aarón) y tenían negocios comunes (para entonces empezaba a proyectarse el ingenio del Mante, que sería un negocio moderno y productivo, encabezado por Aarón Sáenz y entre cuyos accionistas figuraban ‘los tapiales’ –como se llamaba a los dos poderosos hijos del general Calles–, Fernando Torreblanca y otros políticos).

Según Santos, él buscaba reducir el poder de Calles y desde el principio se opuso a la candidatura de Sáenz, y a través de su considerable influencia en la Cámara de Diputados, empezó a convencer a sus amigos y partidarios de que Sáenz estaba ligado “con la reacción de Monterrey” y era “absolutamente incondicional del general Calles”. Pronto se ganó el respaldo de Cedillo, que al principio había apoyado tibiamente a Sáenz por falta de alternativas, y con la fuerza del poderoso cacique de San Luis Potosí, que tenía detrás un formidable núcleo de agraristas armados, empezó a socavar la candidatura de Sáenz, pronto respaldado por Luis L. León y Manuel Pérez Treviño.¹²

Según Santos, ya estaban en eso él, León y Pérez Treviño, cuando el discurso de Sáenz en el restaurante Chapultepec les facilitó la tarea de convencer a Portes Gil de que Sáenz como presidente sería un ‘títere de la reacción’, de modo que Portes empezó a apoyarlos a través de su lugarteniente político, el diputado Marte R. Gómez. También incorporaron a la conspiración a dos íntimos de Calles, Melchor Ortega y Carlos Riva Palacio, y decidieron ‘inventar’ la candidatura de Ortiz

¹¹ *Ibid.*, p. 142-5.

¹² Gonzalo N. Santos, *Memorias*, 1984, México, Grijalbo, p. 329-36.

Rubio, presentándola como alterna, para que hubiera juego político, pero trabajando para que en la Convención diera la sorpresa.

Ya consolidado el grupo opositor a Sáenz, sus jefes fueron a entrevistarse con Calles, quien prometió permitir una candidatura alterna y respetar a quien resultara vencedor. Inmediatamente después el general Joaquín Amaro, que seguía siendo secretario de Guerra y Marina, se adhirió, en secreto como todos, al grupo antiscaencista.

Lo verdaderamente importante es que los hilos de la conspiración se tejieron subrepticamente, haciendo que la mayoría de los hombres decisivos se fueran pasando al bando ortizrubista, siempre en secreto, mientras la mayoría fingía seguir apoyando a Aarón Sáenz. Tras Amaro, siguieron Adalberto Tejeda y Lázaro Cárdenas (quien anunció abiertamente su decisión, de modo que al llegar la Convención, la delegación michoacana era de las muy pocas que Sáenz sabía perdidas).

Así fue preparándose la Convención. Sáenz no se movía, pues creía tenerla en la bolsa y veía la de Ortiz Rubio como una candidatura falsa, mientras los hombres clave del Comité no paraban de conspirar y de entrevistarse uno a uno con los jefes de los grupos políticos, incluso con los que permanecieron leales a Aarón Sáenz hasta el último, como Tomás Garrido Canabal, gobernador de Tabasco; Margarito Ramírez, de Jalisco; Adrián Castrejón, de Guerrero; Donato Bravo Izquierdo, de Puebla; y Agustín Arroyo Ch., de Guanajuato, quien según Santos era el saencista más capaz e inteligente.

Finalmente, el día que se inauguró la Convención, llegaron muchas delegaciones aparentemente comprometidas con Sáenz, pero ya decididamente ortizrubistas, como la de Coahuila, encabezada por el gobernador Nazario Ortiz Garza, hombre de paja de Pérez Treviño. Los enemigos de Sáenz se habían movido tan bien, que por cada delegación saencista que llegaba, ellos habían montado otra a favor de Ortiz Rubio, y como los encargados de revisar las credenciales eran Pérez Treviño, León y Santos, los partidarios de Sáenz iban siendo descalificados uno a uno y sustituidos por los que aquellos habían preparado. Más de una vez aquello estuvo a punto de terminar a balazos, sobre todo cuando fueron eliminadas las delegaciones de Jalisco, Guerrero

y Puebla, comandadas respectivamente por el senador Juan de Dios Robledo, el gobernador Adrián Castrejón y el diputado José María Sánchez, hombres de armas tomar. Finalmente, los saencistas decidieron no participar en la ‘farsa’, y la Convención se hizo sin ellos.¹³

Tras haber revisado las versiones de tres políticos de la época que trabajaron contra la candidatura de Sáenz, hay que hacer las precisiones correspondientes. ¿De dónde salieron las acusaciones de conservadurismo hechas a Sáenz? De su carácter conciliador y de la manera en que había revivido el impulso gubernamental a la industrialización de Monterrey. Siendo gobernador de Nuevo León había prestado su apoyo a los capitanes de industria de la Sultana del Norte y pronunciado algunos discursos –sobre todo el del famoso brindis del restaurante Chapultepec– en los que era clara su idea de que el grupo revolucionario debía estrechar lazos con la burguesía nacional y dejar de hostilizarla, idea que finalmente ganó terreno entre el grupo gobernante pero que enunciada en tan temprana fecha concitó las sospechas de los elementos radicales del régimen, que veían en esa burguesía nacional con la que Sáenz quería aliarse, al enemigo. Eran tiempos en que la mayor parte de los hombres en el poder –de hecho, era la posición del grupo que gobernó entre 1920 y 1935– veían en el fomento de la agricultura y la industria extractiva la vía que México debía seguir para desarrollarse. En ese sentido, Aarón Sáenz fue de los primeros políticos de primer nivel que propuso aquella alianza entre el Estado y la burguesía nacional signada en 1939 entre Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán, por un lado, y los capitanes del grupo Monterrey por el otro, y que a partir del gobierno de Alemán sería una pieza clave del modelo de desarrollo mexicano.

Seguramente Sáenz hubiera podido matizar las dudas que sobre su compromiso revolucionario había negociado con los caciques radicales, pero no lo hizo. Como apunta Portes Gil, se dio por vencedor

¹³ *Ibid.*, p. 344-57. Robledo era lugarteniente y operador político del cacique jalisciense Margarito Ramírez, el general Castrejón era a la sazón gobernador de Guerrero, y el general Sánchez que había gobernado Puebla en 1921-2, era cabeza de un fuerte y conflictivo grupo político local.

antes de serlo y no aclaró las cosas ni amarró los compromisos imprescindibles en esa época de tal pulverización política. Indudablemente, le faltó visión y habilidad en esa coyuntura. Sólo hizo un intento, en enero de 1929, de disipar las dudas sobre su compromiso con la reforma agraria, dando a la luz un escrito en el que exponía la situación de los campesinos en Nuevo León y sus acciones en esa materia, en la que mostraba que había resuelto el rezago en la solución de solicitudes de dotación, aunque no dijo, por supuesto, que Nuevo León era un estado donde había pocos litigios de tierras y que el rezago era mínimo en virtud de las escasas solicitudes de dotación.¹⁴

Tal como sostienen Portes Gil, Casauranc y Santos, en un principio el general Calles decidió respaldar la candidatura de Sáenz, pero —y hasta ahí no llegan los tres autopanegiristas de marras— cuando cobró fuerza la candidatura de Ortiz Rubio, el jefe máximo le retiró su apoyo al regiomontano, y sus hijos Plutarco y Rodolfo (los tapiales) también lo hicieron. Esto se debió a que de entre los hombres del momento, Aarón Sáenz parecía el único que podría revivir el personalismo político, deteniendo el tránsito a la institucionalización que Calles y los suyos buscaban; pero también, al ser un hombre con fuerza, proyecto e ideas propias, era muy probable que a la primera oportunidad se sacudiría la tutela del general Calles —como lo hizo Cárdenas en 1935—, a cuyo oído empezaban a susurrar las brujas de *Macbeth* (“salve Plutarco, serás jefe máximo”). De tal manera que unos porque no querían el retorno del caudillismo, y otros porque preferían a un hombre débil para seguir haciendo y deshaciendo a placer en sus regiones, Calles y muchos de los caciques aliados suyos empezaron a apoyar a Ortiz Rubio.¹⁵

¹⁴ Aarón Sáenz, “La cuestión agraria en Nuevo León y la actuación del Lic. Aarón Sáenz como gobernador del propio estado”, en Archivo Histórico Aarón Sáenz Garza (AHASG, a consulta en la Asociación general y Licenciado Aarón Sáenz, México, D.F.), exp. 100.7/1350, f. 19-23. La Liga Nacional Campesina refutó furiosamente los datos proporcionados por don Aarón, diciendo que eran cifras amañadas que intentaban disimular su antiagrarismo, su “absoluta falta de honradez social y su oportunismo político”, AHASG, exp. 111/69, s/f.

¹⁵ Véase este análisis de la derrota de Sáenz en Pedro Salmerón Sanginés, “La fundación (1928-1933)”, en Miguel González Compeán y Leonardo Lomelí (coords.), *El partido de la Revolución: Institución y conflicto (1928-1999)*, 2000, México, FCE, p. 78-80.

Estos factores explican en buena medida las razones por las que los radicales, tanto los auténticos como Tejeda y Cárdenas como los oportunistas como Santos y Ortega; así como las ambiciones presidenciales de caciques como Pérez Treviño y Cedillo y políticos como León y Puig Casauranc; y el hambre de mando y dominio de Portes Gil y Calles (quienes “veían en la candidatura de Sáenz algo parecido a sus respectivas muertes políticas”),¹⁶ hicieron fracasar la candidatura de nuestro biografiado. Son razones múltiples y complejas, que podemos leer entre líneas en los relatos atrás reseñados y en otros documentos. Porque los miembros del Comité Organizador no se pasaron abiertamente al lado de Ortiz Rubio, lo hicieron de manera poco clara, como confiesa, con su acostumbrado cinismo, Gonzalo N. Santos, y refuerzan los hechos de Querétaro en los dos últimos días de febrero y los dos primeros de marzo de 1929.

5. La Convención

120

En los últimos días de febrero, se habían declarado por Pascual Ortiz Rubio las delegaciones de Michoacán (Cárdenas), Veracruz (Tejeda), San Luis Potosí (Cedillo-Santos), Yucatán (García Correa) y la mayoría de las muy fragmentadas de Oaxaca y Chiapas. Las de Tamaulipas, Querétaro y Estado de México se declararon neutrales, la segunda por ser la anfitriona y las otras por estar controladas respectivamente por el presidente de la República y por Filiberto Gómez, designado de antemano presidente de la Convención. El resto se había comprometido explícitamente con Aarón Sáenz.¹⁷

¹⁶ Lorenzo Meyer, *et al.*, *Los inicios de la institucionalización*, 1978, México, El Colegio de México (Historia de la Revolución Mexicana, 12), p. 56. También el general Abelardo L. Rodríguez dice que Calles “no quería o no era adicto a Aarón Sáenz”, en *Autobiografía*, 1962, México Edición del autor, p. 157.

¹⁷ Todavía en la segunda quincena de febrero, Aarón Sáenz recibió las muestras de adhesión de muchísimos grupos, algunos de los cuales ya estaban secretamente comprometidos con su rival. Véanse las cartas y telegramas de adhesión en APAS, t. 94, *passim*.

Los días 27 y 28 de febrero, ya en Querétaro, las delegaciones controladas por los hombres que se habían comprometido secretamente con Ortiz Rubio recibieron nuevas instrucciones. Así, y sin que los saencistas se enteraran, Pérez Treviño y Ortiz Garza dieron vuelta a la delegación de Coahuila; Luis L. León a la de Chihuahua; Abelardo Rodríguez a la de Baja California; Rodolfo Elías Calles a la de Sonora; Marte R. Gómez —es decir, Portes Gil— a la de Tamaulipas; Filiberto Gómez y Carlos Riva Palacio a la del Estado de México, etcétera. Al mismo tiempo, se produjo la suplantación de delegaciones preparada en las semanas anteriores, de modo que diputados del grupo de Santos se presentaron como jefes de los estados saencistas, por ejemplo, David Orozco de la ‘nueva’ delegación de Jalisco (en tanto que la gente del ‘camarada Margarito’, encabezada por el senador Juan de Dios Robledo, era echada), y Melchor Ortega de la de Guanajuato (desplazando al saencista Arturo H. Orcí y a la gente del gobernador Arroyo Ch.); y así por el estilo. Durante la noche del 28 de febrero que Juan de Dios Robledo, José María Sánchez y Adrián Castrejón estuvieron a punto de liarse a balazos con Gonzalo N. Santos y sus ‘gargalotes’ (como llamaba el cacique de la Huasteca Potosina a su temible guardia). De remate, durante la noche toda la propaganda pro-Sáenz y sus retratos, que adornaban las calles de la ciudad y el Teatro de la República, fueron rápidamente sustituidas por carteles ortizrrubistas.¹⁸

Aarón Sáenz llegó a Querétaro en la mañana del 1º de marzo y fue recibido en la estación por los delegados leales (ahora fuera de la Convención) y por murgas que tocaban sones y aires nuevoleonese. La estación seguía adornada con sus retratos y el candidato bajó feliz del tren, con la certeza del triunfo en la sonrisa. No tardaron sus partidarios en amargarle la mañana contándole lo que había pasado.

Mientras estaba reunido el cónclave saencista, Gonzalo N. Santos pronunció un atronador discurso en el que acusó a Sáenz de reaccio-

¹⁸ Según las denuncias hechas por Sáenz en los días siguientes, los informes de los jefes saencistas y un estudio remitido a Sáenz por Luis Gonzaga Armendáriz, en AHASG, 100/409, *passim*.

nario y de ser obispo protestante (la acusación era falsa –aunque el hermano de Aarón, Moisés, sí era obispo presbiteriano, y Santos envió luego telegramas a Portes Gil y a Calles negando lo dicho). Poco después Filiberto Gómez declaraba inaugurada la Convención, con un quorum precario, pues hubo delegaciones saencistas que no fueron fáciles de suplantar. En el transcurso de la Convención las plazas faltantes fueron cubiertas.

Mientras tanto, Aarón Sáenz y los jefes de las delegaciones adictas habían optado por boicotear la Convención, y el candidato se dirigió a sus numerosos partidarios, que seguían en la estación, informándoles de la decisión e instándolos a dejar la Convención a quienes la estaban instalando, “porque somos demasiado revolucionarios para venimos a prestar a una farsa en pugna con nuestros principios y con la seriedad de nuestra modesta personalidad”. A continuación, pasó a la denuncia: “Se ha pretendido organizar la Convención sobre bases falsas, usando procedimientos [...] condenados por la opinión de la República.” Finalmente, llamó a sus partidarios a regresar a sus estados, para explicar a sus electores lo ocurrido en Querétaro, mientras se les hacían llegar las instrucciones para formar otro partido.¹⁹

122 Antes de regresar a México, con la ayuda de José María Sánchez y Arturo H. Orcí, preparó dos documentos: un “Manifiesto a la Nación”, en el que explicaba las razones de los saencistas para no acudir a la Convención y ampliaba las acusaciones vertidas en el discurso diciendo que el Comité Organizador había realizado ‘maniobras tenebrosas’ –que incluían el soborno, la consigna, la intriga y la amenaza– para desviar la voluntad de la mayoría, y convocaba a unirse en una organización contraria al recién nacido Partido Nacional Revolucionario.²⁰

El otro documento era un Oficio a Manuel Pérez Treviño, en el que explicaba con dureza sus razones para no asistir a la Convención y denunciarla ante la opinión pública como una farsa, así como para

¹⁹ El discurso de Sáenz en la estación en APAS, t. 95, f. 1-3.

²⁰ APAS, t. 95, f. 6-9.

reservarse el derecho a obrar con libertad. Transcribo algunos párrafos de los considerandos y la conclusión:

[Considerando] que el mismo Comité Organizador no ha correspondido a esa esperanza nacional, transformando lo que debiera ser una serena actitud imparcial en una oposición cálida y manifiesta en contra de mi pre-candidatura;

Que esta actitud parcial de los miembros del Comité Organizador del Partido Nacional Revolucionario está íntimamente ligada con las actividades de conocidos líderes de la actual Cámara de Diputados, misma que en su oportunidad será la llamada a calificar definitivamente la elección presidencial;

El suscrito, de acuerdo con los jefes de las delegaciones que lo apoyan, estima fundadamente que el Comité Organizador del Partido Nacional Revolucionario, no responde a la confianza nacional, y conceptúan indecoroso presentarse a una artera combinación política, en la que no se respetan los intereses revolucionarios del país.²¹

Aarón Sáenz se sentía particularmente disgustado con Pérez Treviño. Luis L. León había sido su rival abierto desde muchos años antes, y con los diputados Gonzalo N. Santos, Melchor Ortega, David Orozco, Arturo Campillo Seyde y Alejandro Cerisola (los hombres que suplantaron a los jefes de las delegaciones saencistas) nunca habían tenido amistad, pero a Pérez Treviño lo había considerado amigo y compañero desde que en la primavera de 1913 se habían fugado juntos de la ciudad de México para presentarse como voluntarios ante Carranza. Pasado el amargo trago, pudo reconstruir su relación con hombres como León, con el propio Ortiz Rubio, o con aquellos que se habían opuesto abiertamente a su candidatura, como el general Lázaro Cárdenas, pero a Pérez Treviño nunca lo perdonó, y ése fue un factor importante en la lucha interna del PNR por la candidatura presidencial de 1934: Sáenz, para quien la lealtad era un principio cardinal, prefirió a quien había sido un enemigo leal (Cárdenas) que a un amigo traidor (Pérez Treviño).

²¹ *Ibid*, f. 81.

Sáenz regresó a la ciudad de México acompañado por algunos de sus más importantes partidarios y se encerró en sus oficinas de la Avenida Juárez desde la que el 2 de marzo empezó a enviar telegramas a los hombres más señalados que seguían con él, como Tomás Garrido Canabal, Margarito Ramírez, Donato Bravo Izquierdo y Agustín Arroyo Ch., llamándolos a construir una verdadera organización de partidos revolucionarios opuestos a ‘la farsa de Querétaro’.²²

En otro discurso, ante sus partidarios en la capital de la República, volvió a fustigar con dureza a los organizadores del PNR, diciendo que en Querétaro además de los revolucionarios auténticos se habían congregado

un puñado de traficantes de la política que en connivencia con el Comité Organizador del Partido Nacional Revolucionario pretendieron, a base de Delegaciones dobles, a base de chanchullos, a base de cohecho, a base de insidia y de desorientación, comprar, amordazar la conciencia de un gran número de Estados que habían enviado a Querétaro hombres libres [...]. Nada difícil será que en estos momentos estén sustituidas todas las delegaciones de los Estados [...] por incondicionales, por esbirros del ‘neutral’ Gobernador Araujo, que personalmente se presentó al Comité Organizador a cambiar las credenciales de los queretanos libres que iban a sostener la candidatura de Sáenz.

Por primera vez hizo pública su opinión sobre Ortiz Rubio:

¿Quién ignora que Ortiz Rubio, hombre caballeroso, pero que desconoce la situación del país, no tiene un solo arraigo en la opinión pública? ¿Quién no sabe que Ortiz Rubio no ha ido a ninguna gira política ni tiene contacto con ningún grupo organizado y que está desvinculado de los grandes problemas del pueblo y de las conmociones que hemos sufrido en los últimos años, en que la Revolución se ha puesto a prueba?²³

²² *Ibid.*, f. 88 s.

²³ *Ibid.*, f. 92-6.

Así pues, Sáenz estaba preparándose para crear un partido distinto y contaba con el apoyo de algunos de los hombres más significativos de la familia revolucionaria, con lo que habría fracasado por completo el objetivo primordial de la creación del PNR, pero los hechos conocidos en las primeras horas del día siguiente hicieron que cambiara de opinión, salvándose así la idea de Calles: el 3 de marzo de 1929 se levantaron en armas contra el gobierno los generales Gonzalo Escobar en Torreón; Marcelo Caraveo en Chihuahua; Juan Gualberto Amaya y Francisco Urbalejo en Durango; Fausto Topete y Francisco R. Manzo, en Sonora; y Jesús M. Aguirre en Veracruz.

Ésa fue la última rebelión militar de importancia, cuyo único efecto fue permitir al general Calles acabar con el poder de los caciques-militares obregonistas que controlaban el norte del país, y de paso, gracias a la disciplinada actitud de Sáenz, con el boicot de los saencistas a la creación del PNR. Lo que quiere decir que fue una purga verdaderamente saludable. En realidad, los generales rebeldes habían sido meros segundones en los años revolucionarios, su capacidad política y militar estaba muy lejos de la de los delahuertistas (que sí pusieron en grave riesgo al gobierno), y en una rápida campaña militar conducida por los generales Calles, Cárdenas y Almazán fueron fácilmente derrotados.²⁴

Casi ninguno de los jefes rebeldes encontró la muerte (otra vez, a diferencia de los delahuertistas): cuando se vieron vencidos se pusieron a buen recaudo allende la frontera, y su derrota y desprestigio permitió al gobierno eliminar definitivamente de la escena política a más de 40 generales (nueve de ellos de división); al Partido Nacional Agrario de Manrique y Soto y Gama, que los había apoyado; y a 51

²⁴ El general Juan Gualberto Amaya, gobernador de Durango y uno de los jefes rebeldes, escribió unas memorias cuyo humor involuntario fue magníficamente aprovechado por Jorge Ibargüengoitia para dar vida al general de división José Guadalupe Arroyo (nótese la coincidencia de las iniciales). El mejor producto de la rebelión escobarista es, sin duda, el libro de Ibargüengoitia, donde Escobar se convierte en Trenza, Manzo en el Gordo Artajo, Urbalejo en Canalejo, Caraveo en el Camaleón, Valenzuela en Valdivia, etcétera. Quien quiera calibrar la estatura moral y la capacidad militar de los últimos militares rebeldes, puede ahorrarse a Amaya, *Los gobiernos de Obregón...*, op. cit., p. 219-313, y leer a Jorge Ibargüengoitia, *Los relámpagos de agosto*, op. cit.

diputados federales (los partidarios de Ricardo Topete y Aurelio Manrique) y cuatro senadores que se habían opuesto a la constitución del PNR y que fueron desaforados. De los 227 diputados que quedaron, 221 se declararon penerristas: unos ya lo eran, y los partidarios de Aarón Sáenz, dirigidos en la Cámara por José María Sánchez, obedeciendo instrucciones precisas del propio Sáenz se declararon solidarios con el presidente y el partido. Además, el senado desconoció a los poderes de Sonora, Chihuahua, Durango y Zacatecas, lo que con la eliminación de los generales, puso fin al último grupo fuerte de caciques militares.²⁵

La campaña militar, en efecto, fue rápida y relativamente poco cruenta, pero eso no se sabía el 3 de marzo, de hecho se preveía lo contrario, porque los jefes rebeldes controlaban un buen número de efectivos militares y tenían mucho prestigio (que al final resultó inflado). Así, en Querétaro, los delegados que eran oficiales del Ejército dejaron la Convención para reincorporarse a las filas, en tanto que Aarón Sáenz, por segunda vez en dos días se refugió en la soledad de su despacho, donde meditó durante largas horas. Cuando salió, vestido con su uniforme de general de brigada por primera vez en varios años, se le veía en extremo desolado, pero había tomado una decisión fundamental: se dirigió personalmente a Chapultepec, donde Portes Gil, Calles y el general Abundio Gómez (hermano de Filiberto y subsecretario de Guerra, encargado del despacho por ausencia de Amaro, convaliente de la pérdida de su ojo) preparaban la respuesta al cuartelazo, y presentándose ante ellos se puso a sus órdenes y les comunicó que suspendía su labor política y les daba todo su apoyo hasta que pasara la rebelión. Esa actitud tranquilizó enormemente al presidente y al general Calles, que sabiendo que Sáenz seguía siendo el jefe nato del obregonismo, temían que se sumara a los rebeldes con todos sus

²⁵ Otro resultado de la revuelta fue el fortalecimiento político de Calles. Cuando estalló la rebelión, el general Joaquín Amaro estaba hospitalizado en Estados Unidos, por lo que el presidente Portes Gil tuvo que ofrecer la cartera de Guerra y la dirección de la campaña al único militar que en ausencia de Amaro podía unificar a los leales y dirigirlos sin suscitar discusiones y recelos: el expresidente Calles.

partidarios. Incluso Abundio Gómez ya había dado órdenes terminantes a los piquetes militares que guarnecían las garitas y las estaciones de ferrocarril, de que en tal caso se le arrestara.²⁶

Saliendo del despacho del presidente de la República, giró a sus partidarios las instrucciones de respaldar al gobierno federal. En las semanas siguientes estuvo en sus oficinas casi sin ver a nadie, escribiendo sin parar cartas a sus seguidores, en las que pedía que suspendieran toda actividad política hasta que se alcanzara la paz. Finalmente, a mediados de marzo, habiendo desmontado meticulosamente la maquinaria política que venía construyendo desde 1927, cerró las oficinas de Avenida Juárez dejando la llave adentro, y con la amargura de la derrota regresó a Monterrey, donde el 25 de marzo reasumió la gubernatura del estado, con ánimo de ya no separarse de ella.²⁷

La disciplina de Sáenz fue un factor fundamental en la construcción del nuevo partido y en el camino de la institucionalización, y los hombres que ahora mandaban lo tendrían en cuenta, cuando al cabo de algunos meses—ya cerrada la herida, aunque la cicatriz quedó para siempre—le pidieron su regreso a la política nacional. Así pues, con el partido que sería una pieza esencial en el sistema político mexicano, nació la disciplina partidista.²⁸

²⁶ Entrevista con don Aarón Sáenz Couret, realizada por el autor en México, D.F., 11 de julio de 2000.

²⁷ Los telegramas y cartas a sus partidarios y los llamados a la disciplina y la unidad, en APAS, t. 96, *passim*. La razón más importante que llevó a Aarón Sáenz a respaldar al gobierno olvidando sus propias aspiraciones fue la lealtad institucional, tal como él mismo lo explicó muchos años después a uno de sus más leales partidarios en esa coyuntura, el general Donato Bravo Izquierdo, entonces gobernador de Puebla: carta de Aarón Sáenz a Donato Bravo Izquierdo, 12 de marzo de 1969, en AHASG, 090/13, f. 558-63. En ese mismo sentido, el relato de quien fuera su secretario particular, Eduardo Bustamante, en AHASG, 110/5-2, f. 91-2.

²⁸ Para terminar, hay que decir que la actividad del Comité Organizador del PNR no se restringió a estas turbias maniobras contra la candidatura de Aarón Sáenz: en medio de la politiquería y los pleitos se las ingeniaron para dar vida a una institución política de primerísima importancia en nuestra historia; véase cómo lo hicieron, justamente esos hombres que aquí hemos retratado, en Salmerón, “La fundación (1928-1933)”, *op. cit.*

6. La recompensa

La disciplinada actitud de Sáenz abrió una época: era el primer candidato con fuerza real y posible control sobre contingentes militares significativos, que aceptaba una derrota política por más marrullera que hubiese sido. Y como tal, fue recompensada, no sólo con los cargos de secretario de Educación y de Industria, Comercio y Trabajo, y la jefatura del Departamento del Distrito Federal, en los que sirvió durante los años del maximato, sino de una manera más significativa y más acorde con sus propias aptitudes y preferencias y con el proyecto real de su grupo político, el Sonorense, que gobernó al país de 1920 a 1935. Este grupo buscaba el desarrollo capitalista de México con dos características: que el país dejara de ser productor de materias primas y consumidor de productos manufacturados; y que los capitales creados al efecto estuvieran en manos de mexicanos, mediante el impulso estatal de la economía y la creación de una burguesía nacional.

Durante los años veinte y treinta, cuando se sentaron las bases institucionales, financieras y de infraestructura que permitieron el despegue industrial y demográfico del país, prácticamente no había capitales mexicanos, de modo que éstos tuvieron que crearse con el decidido apoyo del Estado, que estimuló y financió mediante diversas formas de crédito y participación la creación de capitales nacionales. Y si los beneficiarios muchas veces fueron los propios revolucionarios, no lo fueron, salvo excepciones, recurriendo a métodos ilegales (si se quiere, las reglas eran para ellos muy laxas), y además, ¿qué razón había para beneficiar a otros? En realidad no se trató sólo de enriquecerse, pues había un proyecto de nación debajo del cínico “enriquecerse por la patria es hacer patria”, según una mística que Alberto J. Pani reflejó muy bien en su famoso “decálogo del capitalista revolucionario”.²⁹

²⁹ Véase Alberto J. Pani, *Apuntes autobiográficos*, 1964, México, Librería de Manuel Porrúa, p. 669-79; o sus glosas en Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana*, 1973, México, Era, p. 366-8; y Salmerón, *Aarón Sáenz...*, op. cit., p. 218-20.

Durante el cuarto de siglo que siguió al fin de la lucha armada, numerosos políticos y militares surgidos de la Revolución se enriquecieron de esa manera, contribuyendo de paso a la creación de nuevas industrias y a la modernización de la planta productiva del país, en áreas que iban desde la agricultura tecnificada hasta la industria de la transformación; desde el cine, los casinos y los hoteles, hasta la banca y las finanzas. Entre estos revolucionarios enriquecidos descollaba Aarón Sáenz Garza, quien incursionó en la banca, la aeronáutica, la cinematografía, la urbanización y otros rubros, pero la base de todo y lo que él más quería, lo que lo hizo millonario, fue la industria azucarera: Sáenz fue la figura más importante de ese sector durante varias décadas, y su jefe formal entre 1932 y 1956. Dice Horacio Crespo, el mejor historiador del sector azucarero:

Aarón Sáenz fue la figura más importante de la historia del azúcar mexicano durante varias décadas, podría decirse que entre 1930 y 1970. Llamado por un biógrafo complaciente “el rey del azúcar mexicano”, sintetiza en su largo papel como empresario y como dirigente del sector industrial azucarero las claves de su desarrollo, de las complejas relaciones mantenidas con el Estado, de sus ambiciones y sus limitaciones, de sus grandes logros y sus fundamentales problemas de estructura, nunca resueltos en forma definitiva, siempre postergados. La carrera de Aarón Sáenz también es ilustrativa de las frecuentes metamorfosis de los políticos revolucionarios mexicanos en empresarios prósperos y decididos, a veces no demasiado escrupulosos, coautores junto con el Estado de una larga etapa de crecimiento económico y de acumulación capitalista que dinamizó la modernización a marchas forzadas del país.³⁰

129

Nuestro personaje se había hecho de un pequeño capital en diversas actividades cuando se embarcó con un grupo de inversionistas entre los que figuraban los hijos del general Calles, los hermanos Osuna, Fernando Torreblanca y otros ‘capitalistas revolucionarios’, en el proyecto de construir el Ingenio del Mante, en una zona de Tamaulipas

³⁰ Horacio Crespo, *et al.*, *Historia del azúcar en México*, 1990, México, FCE, t. I, p. 116-9.

muy poco poblada y poco productiva, en la que esos personajes habían comprado tierras y que sería beneficiada por las obras hidráulicas de los ríos Mante y Guayalejo. En 1929, tras la construcción de las presas y canales, 20,000 hectáreas de ricas tierras estaban listas para ser regadas.

Entonces Sáenz y compañía (perdón: la Compañía Azucarera del Mante) pidieron al Banco de México un crédito para construir un moderno ingenio azucarero, dando en garantía las tierras de los inversionistas y el propio ingenio. El Banco prestó 11 millones de pesos en una operación poco clara (el crédito fue otorgado con “liberalidad y discrecionalidad excesivas”, según un análisis de la época); pero también es cierto que la compañía pagó puntualmente las anualidades del mismo, que en pocos años el del Mante se convirtió en el segundo ingenio del país, y que una vasta región de Tamaulipas antes improductiva se convirtió en un polo agroindustrial de primera magnitud. El éxito del Mante metió de lleno en la industria azucarera a Sáenz, presidente del Consejo de Administración de la Compañía, pero fue la creación de Azúcar, S.A. (luego UNPASA) lo que lo convirtió en líder del sector durante décadas.³¹

130 | Azúcar S.A. fue el recurso mediante el cual el gobierno federal, a través del Secretario de Industria, Comercio y Trabajo, Aarón Sáenz, encontró el mecanismo que permitió a la industria azucarera nacional superar los efectos de la crisis de 1929 e iniciar una época de crecimiento sostenido de espectaculares alcances. La fórmula consistió en el manejo monopolístico de la producción azucarera nacional a través de Azúcar, un trust que reunía obligatoriamente a todos los industriales del ramo, y que iba acompañada de una institución financiera que suministraba créditos oportunos y cómodos (una especie de subsidio indirecto) a los productores, mediante un mecanismo centralizado y altamente eficaz, que funcionó sin tropiezos hasta mediados de la década de los sesenta. Azúcar nació en 1932 y Aarón Sáenz fue nombrado presidente del trust.

³¹ La fundación del Mante y de UNPASA, en Salmerón, *Aarón Sáenz...*, *op. cit.*, cap. 7.

Dicho esquema, complementado por el reparto agrario de tierras cañeras instrumentado por Cárdenas y por un par de decretos ordenadores expedidos por Ávila Camacho, permitió que (como parte de ‘la revolución verde’) la producción azucarera nacional se multiplicara por más de diez entre 1932 y 1968. En 1938 el general Cárdenas expropió el Ingenio del Mante convirtiéndolo en una cooperativa obrero-ejidal similar a la recién estrenada en Zacatepec, en un golpe dirigido contra los callistas pero no contra Sáenz, quien continuó al frente de UNPASA. En los años cuarenta, Sáenz encabezó al grupo que con la indemnización por la expropiación del Mante construyó el segundo gran ingenio de Tamaulipas, el de Xicoténcatl, hoy Ingenio Aarón Sáenz Garza, uno de los más productivos del país y de los pocos que operan con números negros; y a mediados de la década de los cuarenta reactivó tres ingenios medianos, haciéndolos altamente productivos, los de Cuatotolapam, Veracruz, Tamazula, Jalisco, y Oacalco, Morelos. Finalmente, a principios de los sesenta adquirió uno de los mayores ingenios del país, el de Los Mochis, Sinaloa, convirtiéndose en el jefe de un grupo azucarero que poseía cinco ingenios, además de su papel como líder del sector y de sus múltiples inversiones en otros ramos de la economía: verdaderamente la revolución le había hecho justicia, pero de acuerdo con la mentalidad capitalista no se la había hecho sólo a él, puesto que como empresario nacionalista había contribuido al desarrollo de un importante sector de la economía nacional y de extensas regiones del trópico mexicano.

En 1956 Aarón Sáenz dejó de ser el capitán de los azucareros, el zar del azúcar, como le decían sus malquerientes, pero no de encabezar sus propios negocios, extendidos y prósperos. Tuvo la mala fortuna de vivir demasiado y de ir decayendo junto con el régimen y el modelo económico que contribuyó a construir (fue parte de las fuerzas vivas que en el 68 exigieron mano dura y respaldaron al presidente; y era ya un anciano decrepito en el sexenio de López Portillo). Al mismo tiempo, el sector azucarero, como en general toda la agricultura y la agroindustria, entró en una serie de crisis recurrentes cada vez más catastróficas... pero ésas son otras historias.